

Especial



Gena Showalter  
EL  
PLACER MÁS  
OSCURO



Gená Showalter  
EL  
PLACER MÁS  
OSCURO

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2008 Gena Showalter. Todos los derechos reservados.  
EL PLACER MÁS OSCURO, N<sup>o</sup> 3 - 5.5.09  
Título original: The Darkest Pleasure  
Publicada originalmente por HQN™ Books.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-6886-0

Depósito legal: B-13440-2009

Editor responsable: Luis Pagni

Impresión y encuadernación: LIBERDUPLEX

08791 Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

Fecha impresión Argentina: 1.11.09

Distribuidor exclusivo para España: LOGISTA

Distribuidor para México: CODIPLYRSA

Distribuidores para Argentina: interior, BERTRAN, S.A.C.  
Vélez Sársfield, 1950. Cap. Fed./ Buenos Aires y Gran Buenos Aires, VACCARO SANCHEZ y Cía, S.A.

Distribuidor para Chile: DISTRIBUIDORA ALFA, S.A.

# 1

Reyes se hallaba sobre el tejado de su castillo de Budapest, de cinco pisos, con los pies apoyados precariamente en la cornisa más alta. Por encima de su cabeza, la luna derramaba rojo y amarillo desde el cielo, sangre mezclada con oro, oscuridad y luz, heridas recién abiertas en la interminable cúpula de terciopelo negro.

Miró al vacío que se abría a sus pies, oscuro y lúgubre, como si estuviera esperándolo con los brazos abiertos. «Miles de años, y todavía me veo reducido a esto».

Sopló un viento helado que le revolvió el pelo y le acarició el pecho desnudo, el tatuaje de la odiada mariposa que llevaba en el cuello. Le hizo notar otra vez las salpicaduras de sangre que tenía en la piel. No era sangre suya, sino de un amigo. Cada latigazo de un mechón de pelo contra aquella prueba fantasma de vida y muerte era como un montón de astillas que avivaba el fuego de su culpabilidad.

Había ido tantas veces allí, deseando cosas que nunca podrían convertirse en realidad... Había pedido tantas

veces la absolución, el alivio de aquel tormento diario... Verse libre de su completa dependencia de la mutilación y del demonio que la provocaba.

Sus plegarias, sin embargo, no habían encontrado respuesta. Nunca la encontrarían. Así eran las cosas, y así serían siempre. Y su agonía iría en aumento. Una vez había sido uno de los guerreros inmortales de los dioses, pero ya sólo era un Señor del Submundo poseído por uno de los muchos espíritus que antes estaban confinados en *dimOuniak*. De favorito a deshonrado, de amado a despreciado. De la felicidad a la continua tristeza.

Apretó los dientes. Los mortales conocían a *dimOuniak* con el nombre de «caja de Pandora». Él la conocía como la causa de su ruina eterna. Sus amigos y él habían abierto aquella caja siglos atrás; después se habían convertido en la caja, porque cada uno de ellos tenía que albergar a uno de sus demonios.

«Salta», le dijo el demonio.

Su demonio, Dolor. Su compañero constante. El susurro tentador que siempre resonaba en su mente, la entidad oscura que siempre anhelaba un mal incalificable.

La fuerza sobrenatural contra la que luchaba cada minuto de cada maldito día.

«Salta».

—Todavía no.

Unos segundos más de impaciencia, sabiendo que los huesos se le fragmentarían con el impacto. Sonrió al pensarlo. Las astillas de hueso, afiladas como cuchillas, le cortarían los órganos, ya dañados, y aquellos órganos explotarían como globos llenos de agua. Su piel explotaría a causa del exceso de fluido y, en aquella ocasión, la sangre que se derramaría sería la suya. La agonía, una agonía dichosa, lo consumiría.

Al menos, durante un rato.

La sonrisa se le borró lentamente de los labios. En

días, u horas, si no conseguía herirse lo suficiente, su cuerpo sanaría por completo. Se despertaría entero otra vez, y Dolor volvería a ser la fuerza dominadora de su mente, una fuerza a la que no podía negarle nada.

Pero... oh, durante aquellos benditos tics del reloj, antes de que sus huesos se reestructuraran, de que sus órganos se recolocaran, de que su piel se entrelazara de nuevo y de que la sangre corriera por sus venas, él experimentaría el nirvana. El paraíso. El éxtasis más dulce. Se retorcería en el exquisito placer que le provocaba el dolor. El dolor era su única fuente de placer. El demonio ronronearía de satisfacción, tan embriagado con la sensación que no podría hablar más, y él podría abandonarse a una paz gozosa.

Durante un rato. Siempre, solamente, durante un rato.

—No necesito que me recuerden más lo efímera que es mi paz de espíritu —murmuró para acabar con aquel pensamiento tan deprimente.

Sabía que el tiempo pasaba rápidamente. A veces tenía la sensación de que un año no era más que un día. A veces, un día no era más que un minuto.

«Salta», dijo Dolor. Después insistió: «¡Salta! ¡Salta!».

—Espera un poco.

Reyes miró de nuevo hacia el suelo. Las rocas recordadas y ásperas le guiñaron el ojo a la luz ensangrentada de la luna. Los charcos claros que las rodeaban se ondularon por efecto del viento. La niebla se elevaba como si fuera unos dedos fantasmales que lo llamaban para que se acercara.

—Si le clavas un cuchillo en el cuello a tu enemigo lo matas, sí —le dijo a su demonio—, pero entonces todo ha terminado, y no te queda nada que esperar.

«¡Salta!»., le ordenó de un gruñido el demonio, impaciente, ansioso, como si fuera un niño con una rabieta.

— Espera un poco.

«¡Saltasaltasaltasalta!».

Sí, algunas veces los demonios eran como un niño enrabietado. Reyes se pasó una mano por el pelo enredado y se arrancó algunos mechones. Sólo conocía un modo de acallar a su otra mitad: la obediencia. Ni siquiera sabía por qué había intentado resistirse y saborear el momento.

«¡Salta!».

— A lo mejor en esta ocasión vuelves al infierno — murmuró Reyes.

Ojalá.

Finalmente, extendió los brazos. Cerró los ojos. Se inclinó...

— Baja de ahí — le dijo alguien desde detrás.

Reyes abrió los ojos y se puso tenso. Se irguió, pero no se dio la vuelta. Sabía que quien estaba allí era Lucien, y sentía demasiada vergüenza como para mirar a su amigo. Lucien no entendería lo que había hecho.

— Eso es lo que pienso hacer, bajar. Márchate y lo haré.

— Ya sabes a qué me refiero — respondió Lucien—. Necesito hablar contigo.

Un olor a rosas intenso inundó el aire, tan inesperadamente que Reyes podría haber jurado que lo habían transportado a una rosaleda en flor. Para un humano, aquel aroma habría sido hipnótico y calmante, y habría hecho cualquier cosa que le hubiera pedido el guerrero. A Reyes sólo le resultaba molesto. Después de pasar miles de años juntos, Lucien debería saber que aquella fragancia no tenía ningún efecto en él.

— Ya hablaremos mañana — dijo con tirantez.

«¡Salta!».

— Vamos a hablar ahora. Después puedes hacer lo que quieras.

¿Después de que él hubiera admitido su nuevo crimen? No, gracias. Quizá la culpabilidad, la vergüenza y la pena pudieran causarle dolor emocional, pero nada de eso calmaría a su demonio, de ningún modo. Sólo el dolor físico le producía alivio, razón por la cual él siempre había protegido su bienestar emocional con tanta diligencia.

«Sí, y has hecho un trabajo muy bueno».

Se pasó la lengua por el borde de los dientes, sin saber exactamente quién le había susurrado aquel pequeño sarcasmo, Dolor, o él mismo.

—En este momento estoy en una mala situación, Lucien.

—Como los demás. Como yo.

—Tú, al menos, tienes una mujer para que te dé consuelo.

—Y tú tienes amigos. Me tienes a mí.

Lucien, guardián del demonio de la Muerte, tenía la tarea de acompañar a las almas humanas al otro mundo, o al cielo o a lo más profundo del infierno. Era estoico, calmado, durante la mayor parte del tiempo. Se había convertido en su líder, el hombre a quien acudían todos los guerreros en busca de ayuda y de guía.

—Habla conmigo.

A Reyes no le gustaba darle largas a su amigo, pero se dijo que era mejor que Lucien no se enterara del acto tan terrible que había cometido. Sin embargo, mientras lo pensaba, se daba cuenta de que era una falta de valor por su parte.

—Lucien —dijo, pero se interrumpió.

—El rastro de Aeron se ha perdido, y nadie sabe dónde está —dijo Lucien—. No sabemos qué está haciendo, ni si es él quien mató a esos humanos en Estados Unidos. Maddox me ha dicho que te llamó justo después de que Aeron se escapara del calabozo. Después, Sabin me

dijo que te marchaste de Roma y del Templo de los No Mencionados a toda prisa. ¿Quieres decirme adónde fuiste?

—No. Pero puedes quedarte tranquilo, Aeron no volverá a matar a más mortales.

Hubo una pausa, y el olor a rosas se intensificó.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Lucien.

Reyes se encogió de hombros.

—Deja que te diga lo que creo que ocurrió —dijo entonces Lucien—. Creo que seguiste a Aeron con la esperanza de poder proteger a la chica.

La chica. Aeron había secuestrado a la chica. Aeron cumplía órdenes de los nuevos dioses, los Titanes; debía asesinarla. Sin embargo, con sólo echarle un vistazo, Reyes había permitido que aquella muchacha invadiera sus pensamientos más íntimos, que coloreara sus actos más insignificantes y que lo dejara reducido a un estado de amor e idiotez.

Con sólo una mirada, ella le había cambiado la vida, y no para mejor. Sin embargo, el hecho de que Lucien no quisiera pronunciar su nombre irritó a Reyes. Deseaba a aquella mujer más de lo que deseaba que le dieran un martillazo en la cabeza. Y para Dolor, aquello era mucho.

—¿Y bien? —insistió Lucien.

—Tienes razón —dijo Reyes entre dientes. ¿Por qué no iba a admitirlo? Sus amigos no iban a odiarlo más de lo que él se odiaba a sí mismo—. Fui en busca de Aeron.

La frase quedó suspendida en el aire, tan pesada como unas cadenas, y él hizo una pausa.

—¿Y lo encontraste?

—Lo encontré —dijo Reyes, e irguió los hombros—. Y también... lo destruí.

—¿Lo mataste?

Las lajas de pizarra que cubrían el tejado crujieron bajo las botas de Lucien cuando éste se adelantó.

—Peor todavía —respondió Reyes sin darse la vuelta. Miró hacia abajo con melancolía—. Lo enterré.

El sonido de los pasos cesó.

—¿Lo enterraste pero no lo mataste? No lo entiendo.

—Estaba a punto de matar a Danika. Vi el tormento que se reflejaba en sus ojos, me di cuenta de que no quería hacerlo. Le di una cuchillada para debilitarlo y me dio las gracias, Lucien. Me dio las gracias. Me rogó que lo detuviera para siempre. Me rogó que lo decapitara, pero yo no pude hacerlo. Levanté la espada, pero no pude hacerlo. Así que le pedí a Kane que fuera a recoger las cadenas de Maddox y que me las llevara. Como Maddox ya no las necesita, las usé para encadenar a Aeron bajo tierra.

Antes, Reyes se veía obligado a encadenar a la cama a Maddox todas las noches, a atravesar a su amigo con una espada seis malditas veces, sabiendo que el guerrero resucitaría a la mañana siguiente y que tendría que matarlo de nuevo. «Menudo amigo soy».

Después de cientos de años, Maddox había llegado a aceptar su maldición, pero de todos modos era necesario inmovilizarlo. Maddox era el guardián de Violencia, y tenía tendencia a atacar sin aviso, incluso a sus amigos. Y con su fuerza, habría podido destrozar a un hombre de hierro en segundos. Así pues, usaban para atarlo unas cadenas que habían forjado los mismos dioses, unas cadenas que no podía abrir nadie sin una llave apropiada. Ni siquiera un inmortal.

Al igual que Maddox, Aeron estaba indefenso ante el poder de aquellas cadenas. Al principio, Reyes se negaba a usarlas, porque no quería quitarle a su amigo más libertad. Luego se había convertido en una necesidad, como lo había sido con su amigo Maddox.

—¿Dónde está Aeron, Reyes?

—Eso no voy a decírtelo. Aeron no quiere ser libre.

«Y aunque quisiera, no creo que yo lo liberara».

Allí estaba el quid del sentimiento de culpa que lo consumía.

Hubo otra pausa entre ellos, llena de tensión y de expectación.

— Puedo encontrarlo por mí mismo. Lo sabes.

— Ya lo has intentado y has fracasado; de lo contrario no estarías aquí.

Reyes sabía que Lucien podía trasladarse al mundo de los espíritus y seguir el rastro psíquico único de cada persona. Algunas veces, sin embargo, aquel rastro se desvanecía o se manchaba.

Reyes sospechaba que el rastro de Aeron estaba manchado, porque el guerrero no era quien solía ser.

— Tienes razón. Su rastro termina en Nueva York — admitió Lucien—. Podría continuar la búsqueda, pero me llevaría tiempo, y eso es algo que ninguno tenemos en este momento. Ya han pasado dos semanas.

Qué bien lo sabía Reyes. Había sentido cada uno de aquellos días como un nudo que se le apretaba alrededor de la garganta, como una preocupación que se añadía a la anterior. Los Cazadores, sus enemigos, estaban buscando la caja de Pandora con la esperanza de poder succionar a los demonios a su interior, sacarlos del cuerpo de los guerreros y, de ese modo, destruir al hombre y encerrar a la bestia.

Si los guerreros querían sobrevivir, tenían que encontrar la caja antes que ellos. Y por muy caótica que fuera la vida, Reyes no estaba dispuesto a dejar que terminara.

— Dime dónde está — dijo Lucien—, y lo traeré a la fortaleza. Lo encerraré en el calabozo.

Reyes soltó un resoplido.

— Ya se ha escapado. Podría escaparse otra vez, incluso con las cadenas de Maddox. La sed de sangre que lo ha poseído le proporciona una fuerza que nunca había visto antes. Es mejor que se quede donde está.

—Es tu amigo. Es uno de nosotros.

—Ahora está trastornado, y lo sabes. La mayor parte del tiempo ni siquiera es consciente de sus actos. Te mataría incluso a ti, si pudiera.

—Reyes...

—La destruirá, Lucien.

Danika Ford. La chica. Reyes la había visto pocas veces, pero la deseaba con todo su ser. Era algo que no entendía. Él era la oscuridad, ella era la luz. Él era la angustia, ella era la inocencia. Él era la persona equivocada para ella en todos los sentidos, pero aun así, cuando la miraba, le parecía que todo iba bien.

Sabía que la próxima vez que Aeron llegara hasta ella, la mataría. No habría manera de pararlo, porque a Aeron le habían ordenado que acabara con Danika, con la madre, con la hermana y con la abuela de ésta, y estaba indefenso ante los dioses y sus poderes, como todos los demás. Lo haría.

Reyes se enfureció y tuvo que mirar hacia abajo para calmarse. Al principio, Aeron se había resistido a cumplir aquella orden de los dioses. Era... No, «había sido» un buen hombre. Sin embargo, a cada día que pasaba su demonio se fortalecía, le había gritado con más furia y, al final, se había hecho con el control de su mente. En aquel momento, Aeron era el demonio que llevaba dentro. Era la Ira. Obedecía, mataba. Hasta que no consiguiera acabar con aquella mujer, sólo viviría para cazar y asesinar.

No obstante, en el apartamento temporal de Danika, catorce días, cuatro horas y cincuenta y seis minutos antes, una pequeña parte de Aeron era consciente de los crímenes que había cometido. Una pequeña parte de sí mismo que odiaba aquello en lo que se había convertido y deseaba morir por encima de todo, terminar con aquel tormento. ¿Por qué, si no, le habría pedido a Reyes que lo matara?

«Y yo se lo negué».

No había podido hacerle daño a otro guerrero, pero, ¿qué clase de monstruo dejaba que su amigo siguiera sufriendo, un amigo que había luchado por él, que había matado por él y que lo había querido?

Tenía que haber otro modo de salvar a Aeron y a Danika; Reyes lo pensó por enésima vez. Había pasado incontables horas meditándolo, pero todavía no había dado con la solución.

—¿Sabes dónde está la chica? —preguntó Lucien, interrumpiendo sus cavilaciones.

—No, no lo sé. Aeron la encontró, yo encontré a Aeron, y entonces fue cuando luchamos. Ella huyó, y yo no la seguí. Ahora puede estar en cualquier parte.

Y era mejor así. Reyes lo sabía, pero de todos modos estaba desesperado por conocer su situación, lo que estaba haciendo..., si seguía viva.

—Lucien, tío, ¿por qué tardas tanto?

Ante aquella segunda intrusión, Reyes se dio por fin la vuelta. Paris, el guardián de Promiscuidad, estaba junto a Lucien. Ambos lo miraban con los ojos entornados. Los rayos de color púrpura de la luna cayeron a su alrededor, pero no sobre ellos, como si aquellos rayos coloreados tuvieran miedo de rozar una maldad que ni siquiera el infierno podía contener.

Al ser inmortal, Reyes los veía con claridad, porque su visión penetraba la oscuridad.

Paris era alto, el más alto de todo el grupo, tenía el pelo multicolor, la piel pálida y los ojos de un azul tan puro que ni la poesía más imaginativa podría hacerles justicia. Para las mujeres humanas era irresistible, hipnotizante, y se arrojaban constantemente a sus brazos con la esperanza de conseguir una caricia. Un beso abrasador.

Lucien, aunque ya tenía compañera, no era tan afortu-

nado. Las mujeres humanas siempre habían huido de él. Tenía la cara llena de unas terribles cicatrices que le daban la apariencia de los monstruos que sólo podían encontrarse en los cuentos de hadas. Tampoco ayudaba el hecho de que tuviera los ojos de colores distintos, uno castaño, con el que veía el mundo natural, y otro azul, con el que veía el mundo espiritual. Ambos prometían que la muerte llamaría pronto a la puerta.

Los dos guerreros tenían el cuerpo musculoso de un modo que sólo se conseguía con horas diarias de ejercicio. Estaban cargados de armas y preparados para luchar en cualquier momento del día. Tenían que estarlo.

—No me acuerdo de que fuéramos a dar una fiesta aquí arriba —les dijo Reyes.

—Bueno, la edad perjudica a la memoria —respondió Paris—. Recuerda que tenemos que hablar de nuestros planes, entre otras cosas.

Reyes suspiró. Los guerreros hacían lo que querían cuando querían, y ningún comentario mordaz iba a detenerlos. Lo sabía de primera mano, porque él era exactamente igual.

—¿Por qué no estáis buscando los escondites de Hydra?

Paris apretó los labios carnosos, que eran más propios de una mujer, hasta que formaron una línea de tozudez. En sus ojos apareció un sufrimiento que, normalmente, Reyes veía en su reflejo cuando se miraba al espejo, pero rápidamente, la habitual irreverencia de su amigo lo reemplazó.

—¿Y bien? —preguntó Reyes, al no obtener ninguna respuesta.

Finalmente, Paris dijo:

—Incluso los inmortales necesitan un respiro.

Era evidente que había algo más, pero Reyes no insistió. «No soy el único que tiene secretos». Varias semanas

antes, los guerreros se habían dividido para buscar a Hidra, un ser que era mitad mujer y mitad serpiente, y que tenía muy mal humor. Aquella... cosa tenía la tarea de custodiar algunos de los juguetes favoritos del rey de los Titanes. Aquellos juguetes, que en realidad eran armas, supuestamente conducían hacia la caja de Pandora. Por el momento sólo habían conseguido una de ellas: la Jaula de la Coacción. Y, en cuanto a la localización de las demás, sólo disponían de algunas pistas dudosas.

—Sí, pero dada la amenaza que se cierne sobre nosotros, los descansos no tienen importancia. Y sí, sé que tengo que hacer más por nuestra causa. Lo haré. Después.

Paris se encogió de hombros.

—Yo hago lo que puedo. Estados Unidos es un país muy grande y estudiarlo desde lejos es casi tan difícil como viajar por su territorio entre tanta gente.

Cada uno de los guerreros había ido a países distintos en busca de pistas para encontrar la caja, pero no habían conseguido nada y habían regresado a Budapest a investigar todo lo posible desde allí. Sin apartar la vista de Reyes, Paris preguntó a Lucien:

—¿Te ha dicho dónde está Aeron o no?

Lucien arqueó una ceja.

—No.

—Te advertí que sería difícil —dijo Paris—. Lleva semanas muy raro.

Reyes podía decir lo mismo de Paris; Paris tenía arrugas de fatiga y estrés alrededor de los ojos. Quizá él debiera interrogar a su amigo. Claramente, le había ocurrido algo, y algo muy importante.

—Se nos está acabando el tiempo, Reyes —dijo Paris en tono de acusación—. Cooperar. Ayúdanos.

—Los Cazadores están más decididos que nunca a acabar con nosotros —añadió Lucien—. Los humanos

han descubierto el Templo de los No Mencionados y han limitado nuestro acceso a él. Sólo hemos hallado uno de los cuatro artefactos, pero se supone que necesitamos los cuatro para encontrar la caja.

Reyes arqueó una ceja, tal y como había hecho Lucien un poco antes.

—¿Y crees que Aeron puede ayudarnos a encontrarlos?

—No, pero no debe haber desavenencias entre nosotros. Y tampoco nos conviene preocuparnos por él.

—Podéis dejar de preocuparos —dijo Reyes—. Él no quiere que lo encuentren. Odia lo que es, en lo que se ha convertido, y detesta que lo veamos así. Os juro que está contento donde está, o no lo habría dejado allí.

La puerta del tejado se abrió de golpe y en el vano apareció Sabin, el guardián de la Duda. El viento meció su pelo negro.

—Por los dioses —dijo, abriendo los brazos—. ¿Qué demonios pasa?

Al mirar a Reyes, lo entendió todo, y puso los ojos en blanco.

—Maldita sea, Dolor, tú sí que eres un aguafiestas.

—¿Por qué no estás en Roma? —le preguntó Reyes. ¿Acaso todo el mundo había dejado de buscar durante la media hora que él llevaba en el tejado?

Gideon, el guardián de la Mentira, estaba cerca de Sabin e impidió que el guerrero respondiera al decir:

—Vaya, vaya, esto sí que parece divertido.

En el idioma de Gideon, «divertido» significaba aburrido. El guerrero no podía decir una sola verdad sin sentir un dolor atroz. «Dolor, exactamente lo que yo necesito», pensó Reyes. Ojalá sólo tuviera que mentir para sentirlo. Qué fácil sería su vida.

—¿No tendríais que estar ayudando a Paris a buscar por Estados Unidos? —preguntó Reyes, pero no se mo-

lestó en esperar a que respondieran—. Esto parece un circo. ¿Es que no puede uno estar de malhumor y muti-larse un poco en privado?

—No —dijo Paris—. No puedes. Deja de cambiar de tema. Danos las respuestas que queremos.

«Deshazte de ellos», le dijo el demonio. Reyes obser-vó a sus nuevos huéspedes. Gideon iba vestido de negro y llevaba el pelo teñido de azul. Tenía *piercings* en va-rios puntos de las cejas. Los adornos de plata brillaban sobre sus pestañas negras. A los humanos les resultaba aterrador.

Sabin también iba vestido de negro, pero tenía el pelo y los ojos castaños, y un rostro cuadrado y sin malicia que no hacía pensar a los demás que iba a asesinar a cualquiera que se le acercara, riéndose mientras lo hacía.

Ambos eran muy obstinados.

—Necesito tiempo para pensar —respondió Reyes, con la esperanza de ganarse su comprensión.

—No tienes nada en qué pensar —replicó Sabin—. Harás lo que tienes que hacer, porque eres un guerrero con sentido del honor.

«¿De verdad? Quizá sea tan débil como la mujer hu-mana a la que deseo. De otro modo, ¿por qué iba a hacer-les daño a aquellos a los que quiero, de esta manera?».

«Ay», pensó mientras se encogía. Era débil. Era...

—Sabin —gruñó en cuanto se dio cuenta de lo que ocurría—. Deja de enviarme dudas a la mente. Ya tengo suficiente con las mías.

El otro guerrero se encogió de hombros tímidamente, y ni siquiera intentó negarlo.

—Lo siento.

—Como está claro que nuestra reunión no se va a cancelar —dijo Gideon—, yo no voy a ir a la ciudad, ni voy a visitar el Club Destiny, ni voy a provocarle unos cuantos gritos de placer a una humana —sentenció.

Desapareció por la puerta unos segundos después, sacudiendo la cabeza con exasperación.

—No canceléis la reunión —dijo Reyes a los demás—. Sólo... comenzad sin mí —miró por encima de su hombro, desde el cielo hacia abajo. El siniestro lienzo de la noche esperaba todavía, llamándolo para que diera el salto final—. Bajaré dentro de un minuto.

Paris frunció los labios.

—Bajarás. Qué gracioso. Quizá nos veamos abajo y podamos jugar a encontrar tu páncreas otra vez. Obligarte a que te regeneres sin dejar que te cures me divierte.

Incluso Lucien sonrió al oírlo.

—¡Oh, qué divertido! ¿Puedo esconder su hígado esta vez?

Al oír la voz de Anya, Reyes miró al cielo con resignación.

La diosa de pelo platino, Anarquía, apareció también por la puerta y se arrojó a los brazos de Lucien. Su olor a fresa impregnó el viento. Aquellos dos no hacían más que abrazarse y arrullarse como dos idiotas, como si se olvidaran del mundo que los rodeaba.

A Reyes le había costado bastante tomarle simpatía a aquella mujer. Ella pertenecía al Olimpo, como todas las cosas que él odiaba. Provocaba el caos allá por donde pasaba, algo tan natural para ella como el respirar. Sin embargo, al final, había ayudado a todos los guerreros, y había dado a Lucien una felicidad que Reyes no podía más que imaginar.

Sabin tosió.

Paris silbó, aunque con cierta tensión.

Reyes sintió una punzada de envidia en el pecho, una opresión tan fuerte en el corazón que parecía que iba a dejar de latir. Ojalá no tuviera corazón; sin él, no desearía a Danika sabiendo que no podía tenerla.

No importaba. Ella nunca lo desearía a él. A la mayo-

ría de las mujeres no les agradaba su particular marca de placer y dulzura, y la angelical Danika la odiaría más que la mayoría. Sólo el hecho de estar cerca de él la había aterrorizado.

Sin embargo, quizá hubiera podido ganársela, seducirla, hacer que se suavizara con él. Quizá..., pero se había negado a intentarlo. Las mujeres con las que se acostaba siempre sucumbían a su demonio, se emborrachaban con él y desarrollaban una adicción a sus predilecciones. Ellas acababan necesitando también el dolor, y se lo provocaban a todos los que estaban a su alrededor.

—Que alguien llame a los demás —dijo Reyes con sarcasmo, y con la esperanza de disimular su sufrimiento—. Haremos una fiesta aquí arriba.

¿Qué estaría haciendo Danika en aquel segundo? ¿Estaría con un hombre? ¿Se estaría acurrucando contra él como Anya se acurrucaba contra Lucien? ¿Estaba muerta, enterrada como Aeron? Apretó los puños; sus uñas se alargaron, le cortaron la piel y le pincharon maravillosamente.

—Déjalo ya, Dolor —dijo Anya—. Le estás haciendo perder el tiempo a Lucien, y eso me irrita mucho.

Cuando Anya se enfadaba ocurrían cosas malas. Guerras, desastres naturales.

—Nosotros ya hemos hablado. Ya tiene toda la información que necesitaba.

—No toda —dijo Lucien.

—Díselo o te empujaré yo misma —dijo Anya—. Y después, cuando no puedas detenerme, te juro que mientras te estés recuperando, encontraré a tu novia y te enviaré uno de sus deditos.

Un velo rojo cubrió los ojos de Reyes sólo con pensar que Danika pudiera sufrir...

—No vas a tocarla —dijo.

—Vigila ese tono de voz —intervino Lucien a su vez.

—Ni siquiera sabes dónde está —dijo Reyes con más calma, maravillándose de lo protector que era Lucien.

Anya sonrió.

—Anya —dijo Reyes en tono de advertencia.

—¿Qué? —preguntó ella, todo inocencia.

—Aeron tiene que estar con nosotros —insistió Lucien.

—El asunto de Aeron ya no admite discusión —gruñó Reyes—. Tú no estabas allí. No viste el sufrimiento en sus ojos. No oíste el tono suplicante de su voz. Hice lo que tenía que hacer, y lo haría otra vez.

Se dio la vuelta y miró hacia abajo. Los charcos estaban ondulándose contra las piedras que había en el suelo. Todavía lo llamaban.

«Liberación», le susurraron.

Sólo durante un rato...

—Reyes —dijo Lucien.

Reyes saltó.

## 2

—La comanda está lista.

Danika Ford tomó los dos platos humeantes. Una hamburguesa grasienta con cebolla y un perrito caliente con salsa picante y extra de queso, ambos acompañados de patatas fritas. Despedían deliciosos aromas que le llegaban a la nariz y le hacían la boca agua.

Lo último que había comido había sido un sándwich de carne a la boloñesa, la noche anterior. El pan estaba crujiente y la carne, jugosa. Por desgracia, no había tenido dinero más que para uno.

Todavía quedaban tres horas hasta que terminara su turno. Después podría volver a comer. Tres horas interminables, agotadoras; no iba a soportarlo. «No seas princesa. Alza la barbilla. Eres una Ford».

Su mirada se posó en los platos. Se pasó la lengua por los labios. Quizá un mordisquito. ¿Qué daño iba a hacer? Nadie se daría cuenta.

Antes de poder remediarlo, alargó los dedos...

—Creo que está robando una de mis patatas fritas — oyó que susurraba un hombre.

El otro respondió:

—¿Y qué esperas de alguien como ella?

Danika se quedó helada. Durante un instante olvidó el hambre que tenía y sintió un millón de cosas, aunque las primeras eran la tristeza, la frustración y la vergüenza. «En esto se ha convertido mi vida». De vivir protegida en su familia a ser una mujer que huía, en una sola noche. De ser una artista reconocida a camarera.

—Mira a ver si todavía llevas la cartera en el bolsillo cuando nos vayamos...

La vergüenza se puso a la cabeza. No tenía que mirar a los hombres para saber que la estaban observando con dureza, juzgándola. Habían ido a comer tres veces al bar de Enrique, y las tres le habían dado una buena paliza a la autoestima de Danika. No le decían nada grosero, siempre le sonreían y le daban las gracias cuando les llevaba algo, pero no podían disimular el desagrado que brillaba en sus ojos.

Ella les había puesto el nombre de Los Hermanos Pájaro, así de grande era su deseo de que volaran.

«No llames su atención», se dijo. Ésa era su regla últimamente.

—Será mejor que no vuelva a verte intentando robar comida —le dijo su jefe. Enrique era el propietario, además de cocinero—. Y ahora date prisa. La comida se está enfriando.

—En realidad, está demasiado caliente. Puede que se quemem y presenten una demanda.

Los platos estaban ardiendo, pero ella tenía la piel helada. Hacía semanas que no conseguía entrar en calor. Incluso en aquel momento, con el calor que reinaba en la cafetería, llevaba un jersey que había comprado en una tienda de segunda mano de aquella misma calle. Sin embargo, para su consternación, el calor de los platos no se le transmitió.

Tenía que ocurrirle algo bueno pronto. ¿No se suponía que el bien y el mal se equilibraban? Ella lo había pensado así una vez. Había creído que la felicidad esperaba a la vuelta de la esquina. Por desgracia, había comprendido que no era así.

Tras ella, al otro lado de la cristalera que proporcionaba una vista de la vida nocturna de Los Ángeles, los coches pasaban zumbando y la gente paseaba, riendo despreocupadamente. «No hace mucho, yo también era así».

Había aceptado aquel trabajo y hacía todas las horas que podía, porque Enrique le pagaba en dinero negro y no le había pedido el número de la seguridad social. En efectivo, sin deducir los impuestos. Danika podía desaparecer en cualquier momento.

¿Estarían su madre, su hermana y su abuela viviendo así? ¿Seguían vivas?

Dos meses atrás, las cuatro habían decidido tomarse unas vacaciones en Budapest, la ciudad favorita de su abuelo. Éste siempre decía que era una ciudad mágica. Después de su muerte, ellas habían ido a allí a honrar su memoria y darle el adiós final.

Un gran error.

Allí las habían secuestrado y las habían encerrado unos monstruos, criaturas que unas veces parecían humanas y otras no. De vez en cuando, Danika había atisbado unos colmillos, unas garras y un rostro fantasmal bajo su piel.

En un momento de suerte, las habían rescatado. Sin embargo, a ella la habían vuelto a capturar, aunque después la hubieran liberado de nuevo. Indemne, pero con una advertencia: «Corre, escóndete. Pronto irán a cazarte. Si te encuentran, tu familia y tú moriréis».

Así que todas habían escapado. Se habían separado con la esperanza de que fuera más difícil encontrarlas. Se habían escondido. Danika había viajado en primer lu-

gar a Nueva York, la ciudad que nunca dormía, intentando perderse entre la multitud. Sin embargo, de algún modo los monstruos la habían encontrado. Había conseguido huir otra vez, y había llegado a Los Ángeles en autostop. Había podido ganar el dinero suficiente para sobrevivir y pagarse unas clases de defensa personal.

Al principio, su familia y ella habían mantenido el contacto, llamándose y dejando números de teléfonos móviles desechables en manos de amigos de fiar. Después, la abuela de Danika no había vuelto a llamar.

¿La habían encontrado los monstruos? ¿La habían matado?

La última vez que había tenido noticias suyas, su abuela estaba en un pequeño pueblo de Oklahoma. Tenía amigos allí; sin embargo, ni siquiera aquellos amigos habían vuelto a tener noticias suyas. La abuela Mallory había ido al mercado un día, y no había vuelto.

El hecho de pensar en su querida abuela y en el dolor que podía haber soportado le causaba a Danika una gran pena. No podía llamar a su madre ni a su hermana y preguntarles si tenían noticias. Ellas también habían dejado de llamar. Su madre le había dicho, durante su última conversación, que era para preservar la seguridad de todo el mundo. El rastro de las llamadas telefónicas era fácil de seguir, y los teléfonos móviles podían ser confiscados y usados contra ellas.

A Danika le ardían los ojos. Le temblaba la barbilla. No. ¡No! No podía permitirse el pensar en su familia en aquel momento. Eso la paralizaría.

—Estás perdiendo el tiempo —dijo Enrique, y la sacó de su ensimismamiento—. Muévete como te he dicho. Los clientes están esperando, y si devuelven la comida porque está fría, vas a pagarlo.

Ella tuvo ganas de tirarle los platos a la cabeza, pero se limitó a sonreír y se dio la vuelta, con la cabeza alta y

la espalda recta, hacia la mesa de los comensales, con el estómago encogido de miedo. Los dos hombres le clavaron una mirada dura. Eran de clase media; llevaban ropa económica y cortes de pelo corrientes. Estaban bronceados y curtidos; tal vez fueran albañiles. De serlo, no habían ido al restaurante directamente después del trabajo. Estaban aseados; sus tejanos y sus camisetas no tenían manchas.

Con las manos temblorosas de fatiga, ella dejó un plato frente a cada uno de ellos. Un mechón de pelo oscuro se le salió de la coleta y le cayó por la sien.

Con las manos finalmente libres, se retiró el pelo detrás de la oreja. Antes de Budapest era rubia y tenía una melena larga. Después de Budapest se lo había cortado a la altura de los hombros y se lo había teñido de negro para cambiar de apariencia. Otro crimen de los monstruos.

—Siento lo de la patata frita —dijo ella. Pese a su desdén, aquellos hombres dejaban buenas propinas—. No estaba intentando comérmela, sólo que se mantuviera en el plato.

Mentirosa. Dios, ella nunca mentía.

—No tiene importancia —dijo el Pájaro número uno, incapaz de disimular la irritación que sentía.

«No devolváis la comida. No devolváis la comida, por favor». No podía permitirse que le redujeran la paga.

—¿Desean algo más?

—No, gracias —respondió el Pájaro número dos. De nuevo, palabras amables pero con un tono punzante. Tomó una servilleta de papel, la desplegó y se la puso en el regazo.

Danika vio que tenía un pequeño tatuaje de un ocho en el interior de la muñeca. Extraño. Ella habría pensado que llevaría una mujer morena con un hacha ensangrentada en la espalda.

—Bien, si necesitan algo, avisen. Espero que les guste la comida.

—¿Cuándo te tomas el descanso? —le preguntó el número dos bruscamente.

Eh, ¿por qué le preguntaba eso? ¿Por qué quería saber cuándo tenía el descanso? Danika dudaba que se lo preguntara por razones románticas, puesto que todavía la estaba mirando con un ligero desagrado.

—Eh... yo... no tengo descanso.

Él se metió una patata frita en la boca, la masticó y después se lamió los labios grasientos.

—¿Y qué te parece si te tomas uno hoy?

—Lo siento, no puedo —dijo ella, sin dejar de sonreír—. Tengo otras mesas.

Debería haber añadido: «Quizá en otra ocasión». Quizá así lo hubiera suavizado para la propina. Sin embargo, las palabras se le atragantaron en la garganta. «Vete, vete, vete».

Se dio la vuelta, y los dos hombres desaparecieron de su vista. Su sonrisa también desapareció. En seis zancadas, llegó junto a Gilly, la única camarera que estaba de servicio aquella noche además de ella. Gilly estaba junto al mostrador, llenando tres vasos de plástico con diferentes refrescos. Aunque Danika debería estar atenta a sus clientes, necesitaba un momento para recuperar la compostura.

—Que Dios me ayude —dijo. Posó las manos sobre la encimera y se apoyó con la cadera en la pared. Afortunadamente, había un murete que la ocultaba de la vista de los clientes.

—No va a hacerlo —respondió Gilly, una chica de dieciséis años que se había escapado de casa; aunque si alguien le preguntaba, contestaba que tenía dieciocho, por supuesto. Sonrió a Danika con un gesto de cansancio. Ambas hacían turnos de catorce horas al día—. Creo que ya nos ha abandonado.

Semejante pesimismo no era propio de alguien tan joven.

—Me niego a creerlo. Puede que vaya a ocurrir algo fantástico dentro de pocos días.

Sí. Claro.

—Bueno, para mí eso tan fantástico es que los Hermanos Pájaro se han sentado otra vez en tu sección.

—¿Me estás tomando el pelo? A ti te sonríen y a mí me miran con suficiencia. No entiendo lo que les he hecho.

Gilly se rió.

—¿Quieres que les dé una patada en la espinilla?

—Vamos, Gilly, dar patadas en la espinilla es un delito, y las esposas no te quedarían bien.

La sonrisa de la chica se desvaneció.

—Y que lo digas.

En parte, Danika quería decirle que se volviera a casa. La vida con su madre no podía ser tan mala. La otra parte admitía que la vida con la madre de Gilly podía ser mucho, mucho peor. Las cosas que Danika había visto en las calles cuando oscurecía, incluso en el poco tiempo que llevaba allí... Mujeres que se vendían, palizas, sobredosis de drogas... Lo que hubiera hecho la madre de Gilly para que la chica terminara en la calle tenía que haber sido grave.

Una vez, Danika se había engañado pensando que el mundo era un lugar magnífico, seguro, lleno de posibilidades. Sin embargo, había terminado por abrir los ojos.

—¿Vas a ir a clase por la mañana? —le preguntó, empezando una conversación más tranquila. Sólo llevaba una semana trabajando allí, pero todos los días, Gilly y ella asistían a clases de defensa personal, para aprender a luchar, a golpear y a matar con precisión letal. Aparte de su familia, aquellas clases eran lo único para lo que vivía Danika.

Nunca volvería a estar indefensa.

Gilly suspiró y la miró. Danika pensó de nuevo que parecía demasiado joven como para llevar una vida así. Tenía el pelo oscuro, cortado a la altura de la barbilla, y muy liso. Los ojos castaños y grandes. La piel de color miel. Estatura media, con curvas. Era la inocencia mezclada con una gran sensualidad. En aquel momento, además, era la única amiga que tenía Danika.

—Mis pies me van a odiar para siempre, pero sí, voy a ir. ¿Y tú?

—Por supuesto.

—Quizá ganemos al instructor otra vez. Eso sí que fue divertido.

Ella se rió, por primera vez en mucho tiempo.

—Quizá.

Alguien tocó una campanilla, cuyo sonido se oyó por encima de las voces a través de la cafetería. Había salido otro pedido de la cocina. Sin embargo, ninguna de las dos se movió.

—La verdad —dijo Gilly—, cuando Charles nos pidió que lo atacáramos, sentí cómo la rabia se apoderaba de mí. Podría haberlo matado y después haberme reído.

—Yo también —respondió Danika. Y tristemente, era cierto.

«Imaginaos que soy vuestro enemigo y enseñadme lo que habéis aprendido hasta ahora. Atacadme», les había dicho Charles, y las dos habían obedecido.

Habían tenido que darle cincuenta y nueve puntos aquella noche. Afortunadamente, había sabido perder.

Una furia oscura se había adueñado de Danika al ver imágenes mentales de Aeron, Lucien y Reyes. Tragó saliva. ¡Reyes! Eran sus secuestradores, los que la habían atormentado. Hombres a quienes debería odiar con todas sus fuerzas. A los que odiaba. Salvo a Reyes.

Soñaba con Reyes constantemente. Despierta, dormi-

da, no importaba. Él siempre estaba en su mente, como si se lo hubieran grabado a fuego.

Algunas veces, él llegaba a derrotar a las criaturas que poblaban las pesadillas de Danika. Las atacaba y luchaba violentamente contra ellas, y la sangre fluía en forma de río. Y siempre, después, él acudía a Danika, ensangrentado y dolorido. Sin dudarle, ella lo tomaba entre sus brazos. Y él la besaba por todas partes, lentamente, y cada beso era otra marca.

Cada segundo que pasaba con él hacía que lo deseara más y más, hasta que él era lo único que podía desear. Se había convertido para ella en algo más importante que el aire. Era como una droga, como una adicción.

«¿Qué me pasa?». Él la había secuestrado sin motivo y había retenido a su familia. ¡No se merecía su deseo! ¿Por qué lo anhelaba tan desesperadamente? Era guapo, pero había otros hombres que también lo eran. Era fuerte, pero estaba dispuesto a usar aquella fuerza contra ella. Era inteligente, pero no tenía sentido del humor. Nunca sonreía. Sin embargo, nunca había deseado tanto a un hombre como lo deseaba a él.

Al igual que Gilly, él también tenía el pelo oscuro, los ojos oscuros y la piel bronceada. Era del color de la miel mezclada con el chocolate. Poseía el mismo tipo de sensualidad, como si hubiera visto el lado más doloroso del amor y hubiera quedado marcado para siempre.

Sin embargo, los parecidos terminaban ahí. Reyes era alto y musculoso. Llevaba más cuchillos que ropa, atados con correas a la nuca, a las muñecas, a los tobillos y a los muslos, y también colgados de la cintura. Cada vez que ella lo había visto, estaba cubierto de heridas de lucha, de cortes, de hematomas. Era un soldado.

Todos lo eran, aquellos «Señores del Submundo», tal y como se llamaban a sí mismos.

Ella los llamaba «Señores de las Pesadillas», porque

de todos los malos sueños que había tenido en su vida, ninguno se acercaba a aquellos hombres.

Aeron tenía alas negras y podía volar como un pájaro, o como un dragón malévolo. Lucien tenía los ojos de colores distintos, y los movía de una manera hipnótica antes de desaparecer como si nunca hubiera existido. Desprendía un fuerte olor a rosas, insidiosamente dulce.

La habilidad mágica que poseía Reyes le resultaba desconocida.

Lo único que sabía era que él la había salvado una vez. Había luchado contra su amigo por ella. ¿Por qué? Se había hecho muchas veces aquella pregunta. ¿Por qué estaba dispuesto a hacerle daño a su amigo antes que a ella? ¿Por qué la había mirado como si ella fuera su razón para respirar? ¿Por qué, después, la había dejado en libertad?

«Pero, ¿importa todo esto? Es uno de ellos. Es un monstruo. No lo olvides».

Sonó otro toque de campanilla.

— ¡Chicas! — exclamó Enrique.

Gilly gruñó.

Danika se masajeó la nuca. El descanso había terminado. Se irguió y, por el rabillo del ojo, vio que uno de sus clientes movía el brazo para llamar su atención. Le dijo a Gilly:

— Estaré en tu casa a las... ¿cuatro y media de la mañana? ¿Te parece bien?

— Que sean las cinco. Sí. Estaré cansada, pero preparada.

Gilly se volvió y tomó las bebidas.

Danika se alejó. Pasó diez minutos atendiendo a los Hermanos Pájaro; les llevó servilletas, pajitas y café. Al menos, eso le apartó a Reyes de la cabeza.

El Pájaro número uno dejó caer el tenedor dos veces, y ella tuvo que llevarle uno nuevo en cada ocasión. El

Pájaro número dos le pidió que le rellenara el vaso. Después, una servilleta limpia. Cuando ella intentó marcharse, tras haberles llevado el último plato, número dos la agarró por la muñeca para detenerla y, al sentir su contacto, Danika notó que los nervios se le ponían de punta.

No le reprendió; cada centavo contaba. Sin embargo, le preguntó amablemente qué necesitaba y de un suave tirón, se zafó de él.

—Nos gustaría hablar contigo —el tipo intentó agarrarla de nuevo.

Ella se retiró. Si volvía a tocarla, quizá saltara. Ningún extraño podía ponerle las manos encima, por ningún motivo. Ya no.

—¿De qué?

En aquel momento, entraron en el bar una madre con su hijo pequeño, y la campanilla que había sobre la puerta anunció su llegada.

—¿De qué? —repitió ella.

—De un trabajo. De dinero.

Danika abrió unos ojos como platos. Dios santo. ¿Pensaban que era una prostituta? Así que eso era lo que querían decir con «alguien como ella». Era raro que la hubieran mirado de una manera tan desdeñosa y de todos modos quisieran pagar por sus servicios.

—No, gracias. Estoy contenta donde estoy, haciendo lo que hago.

Bueno, no realmente contenta, pero ellos no tenían por qué saberlo.

—Danika —la llamó Enrique—. Hay gente esperando.

Los hombres miraron hacia la entrada y frunció el ceño.

—Más tarde —dijo el número dos.

No, nunca. En serio, ¿una prostituta? Danika, que estaba más cerca de la puerta que Gilly, tomó dos cartas y

acompañó a los recién llegados a una mesa. Estaban un poco desaliñados, delgados, con la ropa manchada y arrugada. No dejarían una buena propina, pero de todos modos les dedicó una sonrisa genuina, aunque con un poco de envidia.

Echaba de menos a su madre desesperadamente.

—¿Qué les traigo de beber?

—Agua —dijeron al unísono.

El niño miró con melancolía los refrescos que había en una mesa de al lado, y Danika ladeó la cabeza, observando atentamente, con sus ojos de artista, todas las posibilidades para hacerle un retrato. Los deseos humanos siempre se simplificaban cuando todo, salvo lo esencial, se apartaba.

«Pero no vas a pintar nunca más, ¿no te acuerdas?».

Reprimió la tristeza, porque no podía permitirse sentirla, y les entregó las cartas a los clientes.

—Volveré dentro de un momento con las bebidas y les tomaré nota.

—Gracias —dijo la madre.

De camino a la barra, el Pájaro número dos volvió a agarrarla del brazo y apretó los dedos. Danika se puso muy tensa y se enfureció.

—¿A qué hora sales?

—No salgo.

—Te lo estamos preguntando por tu propio bien. El mundo es un lugar muy malo y, a menos que tú seas una de las malas, no deberías andar por ahí sola.

—Si me vuelve a tocar —susurró entre dientes, haciendo caso omiso de su falsa preocupación—, lo lamentaré. No soy una prostituta, y no quiero sacar ningún dinero, ¿entienden?

Ambos se quedaron mirándola con asombro, y ella se alejó otra vez para evitar cometer una estupidez. En la barra sirvió las bebidas de la madre y el hijo con las ma-

nos temblorosas. Le latía el corazón con violencia. Respiró profundamente para calmarse.

Al volver a la mesa que estaba sirviendo, evitó pasar cerca de los Hermanos Pájaro. Cuando la madre se dio cuenta de que le había llevado un refresco al niño, abrió la boca para protestar, pero Danika la detuvo con un gesto de la mano, que seguía temblándole. No había conseguido calmarse mucho, entonces. Volvió a tomar aire.

— Invita la casa — susurró.

Enrique nunca regalaba nada, ni siquiera a sus camareras, y le restaría el dólar noventa y siete centavos que costaba el refresco de su paga si se enteraba.

— Si le parece bien, claro.

Al niño se le iluminó la cara de felicidad.

— ¿Sí, mamá? Por favor, por favor, por favor.

La madre sonrió a Danika con agradecimiento.

— Está bien. Muchas gracias.

— De nada. ¿Ya saben lo que van a pedir? — preguntó, y se sacó una pequeña libreta y un lápiz del bolsillo.

Pidieron la comida y, mientras apuntaba, Danika miró a su alrededor. Acababa de entrar otra familia. Cada vez se sobresaltaba menos cuando llegaba gente a la cafetería. Los primeros días, tenía un miedo constante a que Reyes apareciera y se la llevara por la fuerza.

Gilly se acercó a la familia, que se había sentado en la única mesa libre, y miró a Danika. Se sonrieron con cansancio.

— ¿Lo tiene todo? — le preguntó la mujer.

Ella miró a la cliente.

— Sí. Dos hamburguesas, una sola, otra completa, las dos con patatas fritas.

La mujer asintió.

— Muy bien. Gracias.

— De nada. No tardará — dijo Danika. Arrancó la página de la libreta y se dirigió hacia Enrique.

El Pájaro número uno la agarró de nuevo.

—Mira, no creemos que seas una prostituta. Sólo queremos hablar contigo. Te van a ocurrir cosas malas.

Antes de que Danika pudiera controlarse, reaccionó por instinto. Vio la cara de su hermana, con una expresión de pánico, la noche que las habían secuestrado de su habitación de hotel y se las habían llevado a la fortaleza como prisioneras de los monstruos. Oyó la voz de su madre: «Quizá tu abuela esté muerta. Puede que la hayan asesinado».

Lo vio todo rojo y la furia volvió a apoderarse de ella. «¡Ataca! ¡No volverás a sentirte indefensa!». Le dio un puñetazo al hombre en la nariz y se la rompió. La sangre le salpicó la camisa y el plato, y el Pájaro soltó un aullido de dolor mientras se palpaba la cara con las manos.

Después de aquel aullido hubo un silencio sepulcral en la cafetería. Alguien soltó una maldición. Un líquido cayó al suelo. Todo resonó con fuerza en la mente de Danika, y la sacó de su neblina mental de venganza.

Se quedó boquiabierta.

El Pájaro número dos emitió un jadeo, con los ojos abiertos desorbitadamente.

—¿Qué demonios piensas que estás haciendo, desgraciada?

—Yo... yo... —Danika se echó a temblar. Se quedó inmóvil, luchando contra el pánico. Acababa de llamar la atención de todo el mundo. Mucha atención, y ninguna buena—. Les dije que no me tocaran.

—¡Lo has agredido! —dijo el número dos, y se puso en pie amenazadoramente. La agarró por los hombros y la empujó hacia atrás—. ¡Eres igual que ellos! «Ten cuidado», me dijeron, «porque puede que sea inocente». No lo creí, pero obedecí. No debería haberlo hecho. Acabas de demostrar que eres despreciable. Quizá sí seas una prostituta después de todo. Su prostituta.

«Eres igual que ellos», le había espetado aquel hombre. ¿Como quién?

—Lo siento. No quería... Yo... lo siento mucho.

—¡Que alguien llame a la policía!

Oh, Dios. Iba a tener que huir otra vez. Si aquello salía en el periódico... De nuevo, el corazón le latía violentamente.

Enrique salió de la cocina y las puertas dobles batieron tras él. Era un hombre grande, alto y con sobrepeso, e imponente. Rugió:

—Estás despedida. Y ése es el menor de tus problemas. Ve a la parte de atrás a esperar a la policía.

Por supuesto que estaba despedida.

—Me iré —dijo ella—, en cuanto me pague. Me debe...

—¡Vete ahora mismo a la parte de atrás! ¡Estás asustando a los clientes!

Danika miró hacia la madre y el hijo. La mujer había agarrado al niño de forma protectora, y con la otra mano apartaba el vaso de refresco. Ambos la estaban mirando con pánico. «¿A mí? Pero yo sólo me estaba defendiendo».

Apartó la mirada y vio a Gilly. La muchacha tenía una expresión preocupada, y era evidente que pensaba apoyar a Danika. Se quedaría sin trabajo y sin la paga de aquel día.

—Esperaré a la policía en mi apartamento —mintió.

—No, de eso nada —dijo Enrique—. Tú...

Ella se dio la vuelta y salió de la cafetería rápidamente, con la cabeza alta y los hombros erguidos. Afortunadamente, nadie intentó detenerla, ni siquiera el Pájaro número dos. Hacía una buena noche y había mucha gente por la calle. Se sintió como si estuviera en medio de la luz de los focos, y como si todo el mundo la estuviera observando.